

Los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936

En el XXVIII Congreso del Comité Olímpico Internacional celebrado en Berlín del 25 al 30 de mayo de 1930, se dieron a conocer las ciudades que buscaban la candidatura para la sede de los Juegos Olímpicos de la XI Olimpiada. Nada menos que once la pedían, de las cuales cuatro eran alemanas: Núremberg, Colonia, Fráncfort y Berlín. Las restantes eran Alejandría, Budapest, Buenos Aires, Dublín, Helsinki, Roma y Barcelona. El interés radicaba en el cada día mayor prestigio que los Juegos daban a la ciudad que los albergaba, el cual también repercutía a toda la nación y su correspondiente afluencia de turismo.

Desde el primer momento Hitler, decidió inmiscuirse en la organización. Se reunió con el Comité Organizador y se atravesó un momento crítico cuando el primero exigió la destitución de dos de sus miembros, uno de ellos el presidente, Theodor Lewald, por ser de ascendencia judía. El mayor Comité Olímpico Internacional tomó cartas en el asunto. Su presidente, el conde de Baillet-Latour, a quien no le fue fácil obtener audiencia, le amenazó con cambiar las sedes de los Juegos de verano y de invierno (que debían celebrarse en Garmisch-Partenkirchen, al sur de Alemania) si tales destituciones tenían lugar. Baillet-Latour solicitó asimismo del Führer garantías de igualdad para con los judíos alemanes.

Hitler no titubeó y decidió continuar con la organización conociendo que serviría como una magnífica plataforma propagandística y no estaba dispuesto a dejar escapar la oportunidad de utilizarlos.

La propaganda siguió siendo una gran herramienta antes y durante los Juegos, y luego, apoyada por el cine de Leni Riefenstahl y su film "Olympia". (Ver film en:<http://shoa-interpelados.amia.org.ar/sitio/wp-content/uploads/2015/03/CINE-EN-EL-TERCER-REICH.pdf>)



La directora alemana dispuso de gran número de cámaras, se rodeó de un selecto grupo de operadores y la película mostró grandiosidad, belleza, rigor, valor documental y evidente apología del régimen nazi, reforzado todo ello por la alta calidad de la música grabada en estudio y por los efectos sonoros, que dan el contrapunto adecuado a las espectaculares imágenes.

La ceremonia inaugural constituyó sólo un botón de muestra. Por primera vez la antorcha olímpica, de diseño innovador, había sido encendida en Olimpia, en el propio Templo de Zeus, por el sacerdote de la Acrópolis, y transportada hasta Berlín por unos 3000 relevistas. Los atletas atravesaron Grecia, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría, Austria y Checoslovaquia en nueve días.



La antorcha llegó al estadio en medio de una inmensa manifestación paramilitar cuidadosamente organizada. El imponente estadio de Grünewald, con capacidad para 110.000 espectadores, presentaba todas las butacas ocupadas en aquella tarde calurosa del 1 de agosto de 1936. La audiencia iba a ser una de las características dominantes de los Juegos que contaron con una afluencia masiva y constante de espectadores. Hitler, que había hecho su entrada por la Puerta del Maratón a los sonos del himno nacional Deutschland Über Alles, presenció la llegada de la llama olímpica.



El paso de la delegación francesa con el brazo extendido a modo de saludo olímpico recibió una gran ovación que se trocó en silencio cuando los deportistas británicos se limitaron a volver la cabeza hacia la tribuna presidencial. Sin embargo, la ovación más estremecedora fue tributada a los atletas alemanes, que cerraban el desfile. Una campana de 14 toneladas anunció el comienzo de los Juegos.

La XI Olimpiada acogió a 4069 atletas procedentes de 49 países (sólo 328 eran mujeres). Las mujeres se alojaron en las proximidades del estadio; los hombres en la villa olímpica.

El hecho de que los Juegos Olímpicos de 1936, hechos a la medida de la raza blanca, y dentro de ésta, de la raza aria, tuvieran a su máxima figura en un atleta de color, como Jesse Owens, cabe considerarlo como una de las mayores ironías de la historia olímpica.



"Dios del Estadio", "Antilope de ébano" y "Huracán negro" fueron tres de los calificativos más frecuentes que Jesse Owens despertó entre los innumerables admiradores de su época. Hitler decidió no participar cuando Owens recibió sus merecidas medallas. Por otro lado, Luz Long, gran deportista que seguía el prototipo del ideal nazi de la raza, se acercó a Jesse Owens iniciando una gran amistad y valorando con grandes saludos la participación de Owens aun cuando superaba sus marcas.



Luz Long y Jesse Owens durante la competición de salto de longitud, Berlín, 1936.

Es importante considerar que muchos deportistas judíos o de otros grupos perseguidos, no pudieron continuar con sus carreras a nivel profesional. En el caso del boxeador judío alemán **Eric Seeling**, éste fue obligado a despojarse de sus títulos y emigrar a Francia, y de ahí a Estados Unidos. El boxeador gitano **Johann Trollmann**, entrenado por Seeling, recibió la prohibición de seguir compitiendo por triunfar ante varios alemanes.

En otros deportes, se destacaban el alemán judío **Daniel Prenn** (tenista) y **Judith Deutsch** (natación). El primero fue expulsado de la Copa Davis y se exilió en Inglaterra. Judith era la mejor nadadora austríaca del momento pero tuvo grandes dificultades para incorporarse en los juegos.

Es importante reconocer el valor de muchos deportistas no perseguidos que se negaron a competir ante la discriminación de sus colegas. Tal es el caso de la nadadora austríaca **Ruth Langer**.

La atleta judía alemana **Gretel Bergmann** deseaba participar en esos Juegos, aunque no motivada por el éxito deportivo, sino por el deseo de romper el estereotipo de los judíos que potenciaban los nazis. La familia Bergmann, expulsada de Alemania por ser judía se había instalado en el Reino Unido. Allí le llegó una carta a la atleta que le anunciaba su posibilidad de inscribirse en la competencia. Bergmann, obligada a disputar una ronda de clasificación un mes antes del inicio de los Juegos Olímpicos, saltó 1,60 metros -su mejor marca personal- y logró ser una de las tres clasificadas de Alemania para el evento.



Helen Mayer

Hitler debió anunciar su aceptación a deportistas judíos por la presión internacional, especialmente por el boicot iniciado por el Sindicato Atlético Amateur de Estados Unidos. De todas maneras, siguiendo algunas estrategias corruptas, los 21 judíos preclasificados fueron "no elegidos" salvo la esgrimista **Helene Mayer**, quien aceptó la invitación a incorporarse en el equipo nacional alemán. Fue muy cuestionada dado que ganó la medalla de plata y la recibió portando la esvástica y realizando el saludo nazi. Además, Hitler la calificó como "la mejor deportista del mundo".